

ENCUENTRO DE SUPERIORES MAYORES 2011

Homilía del P. Silvio Sassi (Roma, 20 de noviembre de 2011)

En la solemnidad de Cristo Rey del universo, se puede soñar a ojos abiertos e imaginar, por un momento, la escena celestial de la venida gloriosa de Cristo, rodeado de ángeles y santos del cielo, en el acto de entregar al Padre todas las creaturas y toda la creación para que Dios sea “todo en todos”.

Las lecturas de la Palabra de Dios apenas proclamadas nos ayudan, por otra parte, a abrir los ojos para sumergirnos de nuevo en la vida diaria en la que estamos llamados a vivir nuestra historia humana entrelazada misteriosamente con la historia de Dios incluso en la experiencia del mal y del pecado, fruto de la libertad del hombre.

En la **segunda lectura** (1Cor 15,20-26.28), nuestro Padre san Pablo nos recuerda que, con el don de la resurrección de Cristo, a cuantos están llamados a la existencia en la tierra se les da un adelanto de cómo será el final de cada uno de nosotros y de todo el universo: “Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida”.

Esta “resurrección de los muertos” para vivir en Dios es un estilo de existencia que se puede anticipar en dimensión humana en la vida de todos los días. En los versículos que preceden el texto de la **primera lectura** (Ez 34,11-12.15-17), Yahvé, por medio del profeta Ezequiel, reprocha a los reyes de Judá y a los jefes del pueblo que en vez de “pastorear” a Israel, piensan sólo en “nutrirse” a sí mismos explotando al pueblo. Por eso el propio Yahvé se transforma en “pastor” para su pueblo: “Buscaré las ovejas perdidas, recogeré a las descarriadas; vendaré a las heridas; curaré a las enfermas; a las gordas y fuertes las guardaré” y “voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío”.

Esta imagen de Dios como “pastor” de su pueblo, a la vez que recuerda la descripción que Cristo hace de sí mismo como “buen pastor” en el Evangelio de Juan (cfr. Jn 10,11-18), nos introduce en la comprensión del **Evangelio** de hoy (Mt 25,31-46) que describe al Cristo glorioso mientras ejerce el juicio final de la historia. La resurrección de Cristo ha estado precedida de la existencia terrena de Jesús como “buen pastor”; la resurrección de todo hombre que vive en la faz de la tierra ha de estar precedida de una existencia dedicada a las “obras de misericordia” para socorrer a los pobres, los abandonados, los doloridos de toda clase.

La visión del Cristo glorioso juzgando a todos, hombres y mujeres, en base a la **caridad** con los más necesitados es la síntesis en imagen del sentido del año litúrgico, de toda la búsqueda y de las discusiones sobre las verdades de fe: toda la fe en Cristo se resume en las obras de caridad con el prójimo necesitado.

El amor al prójimo es el único termómetro fiable para medir nuestro amor a Dios: ni la sabiduría en dogmas, ni la solemnidad de las liturgias, ni las distinciones sutiles en los comportamientos éticos sirven de algo si no llevan al amor al prójimo.

San Pablo nos recuerda la primacía del amor en la vida nueva en Cristo (cfr. 1Cor 13, 1-13).

Aplicando estas consoladoras verdades de la fe a nuestra asamblea –que cierra hoy sus trabajos de estudio, reflexión y conclusiones sobre el servicio de la autoridad que estamos llamados a prestar en las comunidades de nuestra Congregación–, nos sentimos reforzados en la certeza de que todos los aspectos de la vida paulina deben concurrir a que cada cohermano y el conjunto de las comunidades puedan tender a la **santificación mediante la evangelización en la comunicación**.

Como nos enseña el beato Santiago Alberione, los Paulinos tenemos un **modo particular** de pensar y de vivir las obras de misericordia: “El apostolado sea el ejercicio de la caridad. El apostolado que desempeñáis es una auténtica obra de misericordia” (*Requiescite pusillum*, 1933, p. 15); “en el ejercicio del apostolado están compendiadas, se puede decir, todas las obras de misericordia espiritual” (*Vademecum*, n. 1010). El Primer Maestro precisa: “Como a las puertas de los conventos, por lo general, en tiempos pasados se repartía la sopa, se repartía el pan –y sigue haciéndose aún en muchos sitios–, así a las puertas de los conventos hay que distribuir la verdad: lo que el hombre necesita, conocer a Dios, conocer el propio destino eterno” (*Vademecum*, n. 1045).

En esta visión “paulina” de la evangelización con la comunicación entendida como acto de caridad que realiza las obras de misericordia con quien se encuentra en necesidad, adquiere sentido la frase programática del Primer Maestro respecto a nuestro apostolado: “**hacer la caridad de la verdad**”. Apliquémonos lo que el Fundador explica con mayores detalles hablando a las Hijas de San Pablo: “Vosotras hacéis la caridad no dando clases, o trabajando en los hospitales, en las obras benéficas en general, sino que vuestra caridad es más exquisita: dais la verdad. Esta es la más grande caridad, porque es caridad para la mente, para el alma, para el espíritu” (*A las Hijas de San Pablo*, 1955, p. 430).

Si las obras de misericordia son el termómetro de la fe en Dios, el amor al apostolado en la comunicación vivido como caridad es el termómetro para el carisma paulino. La comunicación es nuestra forma de caridad con el prójimo, lo que revela la cualidad de nuestra experiencia de Dios. La comunicación es nuestra específica forma de “testimonio”: quien tiene nostalgia de otras expresiones de las obras de misericordia más identificables con las formas tradicionales, es digno de respeto, pero por bien suyo y para tranquilidad de quien se queda, conviene ayudarlo a buscar en otro sitio.

Según la visión del Primer Maestro, practica las obras de misericordia con la comunicación el Paulino que ha sabido descubrir las “bienaventuranzas” unidas a la evangelización con la comunicación y a valorar todas las tecnologías de comunicación como una nueva versión del **cántico de las creaturas** de san Francisco de Asís.

Cada vez que, con razón, subrayamos que nuestra Congregación y toda la Familia Paulina ha **nacido de la Eucaristía**, no debemos olvidar la misión derivada de esta vocación a la existencia: “*todo lo que habéis hecho –o no habéis hecho– con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis –o no lo hicisteis–*”. La

presencia del Cristo glorioso en la Eucaristía forma el apóstol de la comunicación que sabe descubrir en las necesidades de sus destinatarios la presencia misteriosa del mismo Señor. **El carisma paulino es “eucarístico” porque se nutre del pan de vida para poder nutrir con este pan a los hambrientos de la comunicación.**

El Primer Maestro nos ratifica que la comunicación es nuestro “medio de santificación”: “A los santos se les pinta teniendo en su mano los instrumentos, los símbolos, los emblemas de su santificación: yo, dice el apóstol de la prensa, quisiera ser figurado con la pluma y el tintero, o firme junto a la máquina de imprimir en plena función” (*Unión Cooperadores de la Buena Prensa*, 1921, en *La primavera paulina*, p. 142). Por eso en la imagen de la beatificación, al Fundador se le ha puesto por fondo una antena de comunicación. **La santidad es posible con la comunicación.**